Querido Diario:

Marcela Guijosa

Y pensar que llegué hasta la locura, como dice el tango, por ese cachivache, por esa facha de hombre, por ese mamarracho.

"Viejo, fané y descangallado", iba yo cantando cuando lo dejé allí, en el estacionamiento de Rectoría. Cantando y recordando historias sucedidas hace diez años.

Y sí, sí había sido cierto. "Que eso que hoy es un cascajo/ fue la dulce metedura/ donde yo perdí el honor..." Que estuve enamoradísima, que duramos como cinco años, que todavía soñé con él el mes pasado. Loca como una regadera, chiflada, desquiciada por ese hombre.

Y hoy, todo tan simple, tan seco, tan cortés su sonrisa, tan lejanas sus manos, tan cortada y tan insulsa nuestra pequeña conversación, y el encuentro tan casual precisamente en ese lugar, en el mismo lugar donde nos encontrábamos antes, llenos de ganas, en ese espacio magnífico, entre la Rectoría y la Biblioteca, en medio de la grandeza de esa explanada, en el centro mismo de nuestra alma mater, de nuestra raza y de nuestro espíritu.

Y hoy, qué cosa tan distinta. La universidad ya no era el lugar privilegiado de mi inteligencia ni de mis amores ni de mi juventud. Era simplemente una parada de trabajo, una serie aburrida de trámites y de oficinas. Un lugar donde, hoy, era yo ajena, donde todos me hablaban de usted y me decían "señora".

Y volver a ver a Antonio, tan cambiado, caminando encorvado y canoso rumbo a alguna secretaría administrativa o académica con sus papeles bajo el brazo.

—Quiúbole, tú. Qué andas haciendo. Qué milagro.

—Tanto tiempo... cómo estás... vine aquí al séptimo piso.

Y mi mirada ansiosa y sorprendida revisándolo palmo a palmo. A poco estaba tan calvo. Y los dientes, ¿así de feos los tenía? Y la voz... como que se le ha puesto más gangosa... Y el pelo casi blanco, y lo ridículo que se ve, tan fachoso, vestido como chavo... Y hasta la simpatía también se le acabó, porque qué pesado, que mamón... cómo voy a creer que se deje sus pocos pelos tan largos...

Despedida simple, desabrida, nos vemos, chau.

Qué increíble. Me sentí eufórica. Ya no me latía desesperadamente el corazón. No más taquicardias, ni más aumentos de temperatura ni de fluidos en ninguna parte de mi cuerpo. Más bien una enorme vergüenza de tiempos pasados y un adiós, un alivio.

"Me acabo de curar para siempre", pensé. "Esto fue providencial. Qué afortunada decepción, qué bueno que ya salí de las locuras de la juventud, qué bueno que el enfrentamiento con la realidad me va a quitar para siempre esa nostalgia, esa añoranza de tiempos pasados... A la chingada. Ya me curé".

Me fui alegre, divertida, caminando por Insurgentes, tarareando tangos. Que es un soplo la vida, que veinte años no es nada.

Aunque horas después me entrara una gran pesadumbre. Me miré en el espejo. Y me imaginé a Antonio pensando a esas horas que qué vieja me encontró, llena de arrugas nuevas, con la piel fláccida y opaca, y las dobles ojeras, y con el metal de los puentes de la dentadura asomando en mi forzada sonrisa, y eso que me vio vestida, porque mis caderas ya no son tan bonitas, más bien ajamonadas... y si me hubiera visto los pechos...

Sí, Me lo imaginé diciéndose, sorprendido: "Pero yo, ¿qué le ví a ésa?"